

**“No puede haber dos métodos de enseñanza buenos. Sólo hay uno bueno y es aquél que se apoya totalmente en las leyes eternas de la naturaleza.”**



### 3 Es típico de Pestalozzi

¿Qué es en realidad lo que caracteriza la enseñanza de Pestalozzi?

Sin duda es su exigencia siempre reiterada de que todo el trabajo educativo tiene que estar enraizado en la naturaleza humana.

La opinión de Pestalozzi de que el ser humano tiene una naturaleza y que ésta es, además, “eterna e inalterable”, suscita cierta controversia filosófica. Se le puede objetar que el hombre está sujeto a cambios sociales y que al fin de cuentas, no es más que el fruto de lo que hace de sí mismo bajo ciertas circunstancias. Una sencilla comparación con los animales lo comprueba. Es obvio, por ejemplo, que la vida actual de las abejas en un panal es idéntica a la que llevaban esos insectos hace dos mil años. Basta estudiar una sola colmena para saber cómo viven las abejas, o cuál es su naturaleza. Es muy distinto con el ser humano, no sólo difiere la vida de un individuo a otro, sino que los hombres viven y han vivido bajo estructuras sociales muy diferentes y éstas seguirán variando con certeza. Esto parece corroborar la tesis según la cual no hay, en el ser humano, nada duradero y que todo está sujeto a cambios, dependiendo de las condiciones sociales existentes y que por lo tanto, la educación puede también lograr básicamente todo.

Pero Pestalozzi estaba en desacuerdo con esa idea. Estaba convencido, de que pese a los cambios constantes impuestos por las condiciones sociales, había en el hombre algo inalterable y perdurable. Algo que conserva validez a través de *todo* cambio social. De esta manera, cada ser humano - donde, cuando y como quiera que viva - tiene sus necesidades físicas y psicológicas. Todos estamos dotados de fuerzas y capacidades físicas y mentales. Todos tenemos

que luchar contra nuestro propio egoísmo y sufrimos de acuerdo a las limitaciones impuestas por la sociedad. Alcanzamos una vida verdaderamente colmada sólo buscando y cumpliendo con nuestros deberes vitales existentes y rebasando nuestro egoísmo. (Pestalozzi llama a esto “moral”, “moralidad”). Y todos estamos dotados de una “naturaleza superior o noble” que permite realmente acceder a una vida en la verdad y en el amor, y nos deja percibir la existencia como algo que tiene sentido. Con el término “*naturaleza humana*”, Pestalozzi se refiere, a la vez, a lo inalterable y eterno.

Pero Pestalozzi estaba también convencido de que la naturaleza humana es tal, que las personas no pueden realizar todo su potencial en condición de *seres humanos* sin la ayuda del prójimo. Si las personas crecieran sin interactuar con las demás, se volverían salvajes y se malograrían. Con la expresión *arte educativo*, o simplemente *arte*, Pestalozzi designa a menudo ese conjunto de medidas con el que los poderes educativos del momento influyen sobre el niño. Al respecto podemos leer en sus escritos lo siguiente: “*No sólo mediante el arte el hombre se convierte en hombre*” (Sämtlich Werke. Obras completas 13, 244). La palabra “arte” suele tener un significado muy particular y es por eso que a menudo se malentiende a Pestalozzi.

En el desarrollo de cada persona se enfrentan dos “fuerzas”, por un lado está la inalterable *naturaleza humana* en su respectiva manifestación individual, y por el otro, está el arte, que según la situación social, es alterable.

Queda entonces preguntarse cuál de las dos fuerzas ha de imponerse sobre la otra. Para Pestalozzi no hay duda alguna, la prioridad absoluta la tiene la naturaleza. Esto es simplemente lógico, pues si la naturaleza es inalterable y el arte - al contrario - cambia, entonces el arte debe de regirse por la naturaleza. Pestalozzi insiste así en el hecho que el arte debe *someterse* a la naturaleza. De esta manera, la educación y la formación deben estar *en acuerdo con la naturaleza* si el hombre quiere alcanzar su meta, es decir, la de humanizarse.

Este anhelo se basa, entre otras cosas, en la convicción de que el *ideal* al cual aspira la educación, o sea la completa humanización, se halla en cierta manera como semilla aún sin germinar en la *propia naturaleza humana*. Con ello Pestalozzi se distancia de aquellos teóricos que consideran al hombre, cuando nace, como una página virgen y creen, por lo tanto, que se puede hacer con él lo que uno quiera. Según Pestalozzi, la educación no debe *poner nada dentro* del hombre sino más bien debe *sacar* o *desplegar* lo humano que hay en él.

La reivindicación según la cual la educación debe estar *en concordancia con la naturaleza humana* es la base absoluta de la teoría educativa de Pestalozzi. Las otras demandas sólo aclaran y concretizan esta reivindicación primera. Todo lo que se requiera de un niño y que vaya en contra de su naturaleza, lo *de-forma* y lo aleja de la meta suprema de la educación y de la formación que es la humanización.

Por eso, para todo maestro que enseña y educa siguiendo los principios de Pestalozzi, el primer requisito es que a cada instante y en todo lo que emprenda, se pregunte: *¿Lo que me propongo hacer, lo que le voy a exigir o prohibir a los niños concuerda con la naturaleza del hombre, con la naturaleza del niño, o realmente con la naturaleza?*

Esto significa que le incumbe al maestro la tarea de mejorar su conocimiento de la verdadera naturaleza humana. Pestalozzi se consideraba como “experto de la naturaleza humana” y en esa calidad llegó a convencerse de que la humanización no es simplemente una tarea que se le impone al individuo, sino que es la naturaleza misma la que lo ha dotado con las *fuerzas* y *capacidades* necesarias para alcanzarla. Al nacer, estas *fuerzas* y *capacidades* están aún en la crisálida; la tarea de la escuela y del hogar es la de ayudar a la persona a sacarlas de la crisálida y a desarrollarlas.

Al solicitar el *desarrollo de las fuerzas y capacidades*, los factores hereditarios que pueden conllevar a las diferencias de aptitudes tienen para Pestalozzi una importancia secundaria. Lo que entiende ante todo por *fuerzas* y *capacidades* son todas esas facultades humanas que le permiten a cada persona reconocer la verdad, juzgar de manera razonada, sentir el amor que viene del corazón, tener una creencia religiosa, realizar con dinamismo todos sus asuntos – esto es justamente *humanización*. Estas fuerzas están presentes en cada individuo pero en grados ligeramente distintos y por ello, cada uno debe alcanzar en su vida la meta - la *humanización* - a su manera. La educación y la formación sólo pueden ser exitosas si toman en cuenta las calidades únicas e individuales que hay en cada alumno. (Para evitar las exigencias irrealistas de ciertos padres para con los enseñantes, debo señalar que es un malentendido pensar que, al considerar la individualidad de cada alumno, el maestro deba cumplir cada uno de sus deseos y deba concederle derechos especiales. Lo que sí significa, es que cada maestro debe saber percibir lo que cada alumno es capaz de realizar, ver sus talentos especiales y reaccionar con espontaneidad ante sus logros y su comportamiento.)

Respecto al desarrollo posible de las fuerzas y capacidades, Pestalozzi es optimista. Está convencido de que las fuerzas y capacidades de cada individuo tienen una urgencia para abrirse paso y desarrollarse. He aquí lo que escribe en su último libro importante de 1825, “Schwanengesang” (El canto del cisne) *“La naturaleza de cada una de estas fuerzas que hay en el hombre, lo incita a utilizarlas. Los ojos quieren mirar, los oídos quieren oír, los pies quieren andar y las manos quieren asir. Al igual que el corazón quiere creer y amar y la mente quiere pensar. En cada facultad de la naturaleza humana hay una urgencia para salir del estado letárgico y de torpeza en que se encuentra y elevarse hacia una fuerza desarrollada.”* (Sämtliche Werke. Obras completas 28, 61)

Por ello, el maestro y el educador deben tratar de incentivar estas facultades en su afán de desarrollo, dándoles una mano. Los resultados en todas nuestras escuelas fuesen incomparablemente mejores si en primer lugar los maestros realizaran (y las autoridades les concedieran el derecho de desarrollar) esas actividades que los alumnos quieren hacer o que al menos – hacen de buena gana cuando se les proponen. Es obvio que para lograr tal cosa tendríamos que abandonar la idea de que todos los niños tienen que aprender lo mismo y tienen que alcanzar las mismas metas de aprendizaje. Y veríamos que a pesar de ello, todos los requisitos básicos se cumplirían, pues los alumnos - en una atmósfera en la que se les toma en serio – se estimulan y apoyan unos a otros y se dejan de buena gana incentivar por su maestro. Estoy bien consciente que esto requiere una alta competencia didáctica por parte de los maestros y que la organización de las aulas por grupos de edad no es ideal para realizar este objetivo. Además, sé muy bien que hay niños que, por falta de educación en el hogar, están lamentablemente tan mimados y malogrados que muy poco pueden apreciar la libertad que hemos descrito aquí y con su comportamiento alimentan todos los argumentos que preconizan una dirección escolar muy estricta.

En tanto “experto de la naturaleza humana”, Pestalozzi expuso frecuentemente la visión que la naturaleza humana no es un simple conjunto armonioso, sino que está desde el inicio marcada por la tensión y la contradicción. A la naturaleza “animal, sensorial”, la que busca placer y trata de evitar lo que no lo procura, se le opone la naturaleza “noble, eterna, divina, interna”, la que permite a la persona acceder a una vida colmada de satisfacciones en la verdad y el amor. Es cierto que – de acuerdo a la convicción de Pestalozzi – la “naturaleza animal” es la base de la existencia humana, pero la verdadera satisfacción se experimenta únicamente cuando la “más noble naturaleza”

se impone sobre el egoísmo inherente a la naturaleza animal y lo mantiene dentro de sus límites. Pestalozzi llama a esto “moralidad”.

En la práctica, surge la pregunta siguiente: ¿Cómo puedo saber que lo que realizo con mis alumnos es conforme a la naturaleza humana? Para ello hay una regla sencilla: una lección conforme a la naturaleza humana se reconoce al gusto y a la pasión con que los alumnos se dedican a la tarea. Ahí no surge ningún conflicto, ni entre ellos, ni entre los alumnos y el maestro. Si por el contrario, en una disciplina, al utilizar un método de aprendizaje particular o en una situación especial los alumnos no demuestran ganas de aprender y parecen negativos y distraídos, es generalmente un signo que indica que la lección no está en sintonía con la naturaleza humana.

Esta última constatación puede irritar a los maestros que tanto se esmeran al seleccionar los temas, preparar los cursos y usar medios didácticos apropiados y que pese a todo su empeño no logran captar la atención de chicos particularmente difíciles. Es muy comprensible entonces que rechacen el reproche que se les hace de haber ignorado el principio de enseñar en concordancia con la naturaleza humana.

Pero desde el punto de vista de Pestalozzi deberíamos contestar, que muy probablemente, la educación que estos *niños* difíciles recibieron hasta ahora no estuvo en concordancia con su naturaleza, y que por eso, una lección normalmente exitosa, deja de serlo para estos niños, pues no es conforme a su naturaleza. Uno podría comparar ese maestro a un médico que - convencido de la exactitud de sus medidas - si sus medicamentos ya tan probados y comprobados no surten los efectos esperados, no busca la razón del fracaso en el paciente sino que muy probablemente opta por otros medicamentos y otras terapias. De la misma manera, es *inútil* (a pesar de ser comprensible) que un maestro le eche la culpa al malogro y a la malacrianza de los niños para poder justificar así sus propios métodos. El fracaso es evidente y sólo tenemos dos opciones: o lo aceptamos con todas las consecuencias que tendrá para los niños en cuestión, para la clase y para el maestro o seguimos buscando sintonía con la naturaleza mismo en esta situación delicada. En ese caso, formar de acuerdo a la naturaleza humana significa reconocer *la naturaleza concreta del niño* - por torcida y estropeada que se muestre y aparezca de momento - como un hecho sobre el cual todo lo demás ha de construirse. Y así se verá tal vez también que la escuela - con alguna o con todas sus normas y obligaciones (un maestro en especial con su estilo propio de comunicación y enseñanza, un grupo escolar específico, los requisitos de un horario escolar, los métodos

particulares, otras condiciones generales como la dimensión de la escuela, las vías de acceso, etc.) - no responde a las necesidades naturales de un niño difícil. Hay muchas razones obvias para poner presión en la enseñanza, pero debemos saber que esta presión tiene su precio y que – lamentablemente - también se cobra sus víctimas. Muy a menudo no queda otra sino de colaborar con los padres, las autoridades y los psicólogos para encontrar soluciones pragmáticas en las que lamentablemente, cuando es necesario, hay que hacer ciertas concesiones para luego poder salvar un máximo de medidas en sintonía con la naturaleza del niño. Pero la idea de abandonar la enseñanza en armonía con la naturaleza del niño y querer buscar el remedio en una manera que no la respete, es optar por una vía equivocada.

Básicamente la “armonía con la naturaleza humana” implica varios aspectos y por lo tanto hay muchas razones por las cuales los alumnos reaccionan en un caso con entusiasmo y en el otro con desgano. Me limito aquí a dos ejemplos de quebrantamientos de la armonía con la naturaleza, que lamentablemente podemos una y otra vez observar en nuestras escuelas:

*La selección de una materia o un método de aprendizaje sin tomar en cuenta la edad del niño.* Con frecuencia nuestros planes de estudio, material de enseñanza o maestros inexpertos esperan que los alumnos aborden temas o métodos, que no significan nada para ellos o no pueden apreciar con interés. A menor edad, más concreto, evidente y accesible ha de ser el tema. Desgraciadamente se quebranta a menudo esta ley de sintonía. Es así como en matemáticas, se les exige demasiado pronto a los chicos que utilicen fórmulas abstractas que para ellos aún no tienen aplicaciones prácticas. O, en las lecciones de lengua, se les expone - con demasiada anticipación para su edad – unos razonamientos teóricos complejos en vez de suscitar en los chicos la satisfacción de enriquecer el idioma y de expresarse correctamente así como el pleno disfrute de la escritura, mediante ejercicios adecuados a su edad. O en la lección de historia, se les expone a razonamientos teórico-sociales y políticos y se espera de ellos todo tipo de investigaciones propias, en vez de introducirles a la vida de nuestros antepasados mediante relatos cautivadores, descripciones gráficas o películas y suscitar en ellos, de esta manera, su interés por eventos y contextos históricos. En las lecciones de geografía se les pide que interpreten gráficos con estadísticas o que sepan explicar fenómenos naturales que acontecen, en vez de que tomen consciencia de la diversidad de los paisajes existentes y de las poblaciones que en ellos viven, a través de relatos, imágenes, videos o – de ser posible – mediante excursiones o viajes. Y en biología se les habla a

menudo de biología molecular, genética y bioquímica a quienes están a penas en edad de observar una flor, reconocer las plantas más frecuentes que les rodean u observar y estudiar el comportamiento de los animales domésticos.

*El énfasis sobre las necesidades futuras del alumno.* En particular, los que no son maestros y que se ocupan de cuestiones didácticas tienden a esta vista unilateral. Claro que la escuela tiene el deber de preparar al alumno para que se desempeñe en su vida adulta. Pero esto no sucede si se ve en ellos, ante todo, al futuro adulto, sino se valora debidamente sus *necesidades actuales y su situación emocional presente*. Mucho de aquello que debe hacerse en la escuela, *se debe hacer sólo* porque el niño lo precisa *en ese momento* para su sano desarrollo. Tomar en serio el *momento presente* del niño significa nutrirlo intelectual y espiritualmente.

Quisiera demostrar esto con un ejemplo: el empleo del cuento “Juan con suerte” de Grimm en los primeros años de la escuela primaria. El argumento es sencillo, tras siete años de trabajo manual intenso, el maestro artesano de Juan lo recompensa con una pepita de oro. Pero sin dar rodeos, Juan la trueca por un caballo, éste por una vaca y ésta luego por un cerdo, que cambia por un ganso y este último por una piedra de afilar que termina por perder en el fondo de un pozo. En cada trueque, Juan siente una gran satisfacción y su felicidad llega al máximo cuando al final se ha deshecho ya de todo.

Si es cierto que el niño le sacará provecho a este cuento en términos de aprendizaje lingüístico – desarrollo de sus habilidades de lectura, de expresión, vocabulario, ortografía – esto no justifica, por sí sólo, el hecho de enfrentarlo a los cuentos de Grimm. El maestro sensible sabe muy bien que a esta edad, el niño vive en un mundo imaginario que se refleja en símbolos de sueños y mitos y que por esto, el niño necesita nutrirse de cuentos de hadas. En esta edad un niño es receptivo a verdades profundas mientras que éstas no sean expuestas en términos abstractos y racionales como enseñanzas morales sino con imágenes llenas de vida. Sin necesidad de referirse a ello de manera explícita, un niño es muy capaz de ver en Juan a un ser humano que por su fidelidad y esmero ha ganado un tesoro terrenal. Pero al mismo tiempo, esta pepita de oro simboliza un tesoro interno: la sabiduría acerca de lo relativo que es la riqueza terrestre. Respondiendo completamente a las verdaderas necesidades del momento y liberándose, a la vez, más y más de los bienes materiales, Juan encuentra su propia felicidad, la verdadera fortuna y satisfacción. Si en las escuelas se tratara sólo de concentrarse en las cosas que la mayoría de los alumnos van a necesitar más tarde en su vida futura, po-



dríamos probablemente abandonar el dibujo, la escritura de cuentos, el canto y la poesía. También podríamos renunciar a casi todas las cosas que se enseñan en el área del “ser humano y su medio ambiente “ ya que por lo general los adultos las ignoran o las olvidan. De todas formas, la mayoría de las cosas que uno necesita en la vida se aprenden fuera de la escuela. Pero, si a pesar de esto, nosotros los enseñantes seguimos ocupándonos de estas cosas es porque los chicos las necesitan *en ese momento* y trabajando con ellos de manera adecuada podemos desarrollar las capacidades necesarias para que puedan vivir una vida realmente humanizada en el sentido que habíamos expuesto al comienzo de este libro refiriéndonos a lo que Pestalozzi tenía en mente.